

LORENZO SILVA
ELIA BARCELÓ
JUAN BONILLA
CARLOS CASTÁN

FERNANDO MARÍAS
MARTA SANZ
JUAN BAS
MERCEDES ABAD

Leyendas de Bécquer

LOS OJOS VERDES

Lorenzo Silva

CONTARÉ LO QUE ME HAN CONTADO, PORQUE YO NUNCA llegué a conocerla. Es posible que no todo sea verdad, incluso que nada se corresponda con lo realmente ocurrido. A veces he llegado a pensar que es solo una leyenda fabricada para colocárnosla a los nuevos, no sé muy bien con qué propósito, aparte del de impresionarnos.

17

Dicen que era la tía más brillante que jamás pisó la moqueta de esta firma, líder en banca de inversiones. En cierto modo, estaba predestinada. Hija de familia adinerada, se había formado en el Liceo Francés hasta los catorce años y en un selecto colegio británico durante su adolescencia. Los veranos en un internado suizo le habían proporcionado además el dominio del italiano y el alemán. Tras pasar por una prestigiosa universidad norteamericana, cuando llegó aquí, a los veintitrés años, era una bestia perfectamente pentalingüe dispuesta a comerse el mundo y

con los dientes lo bastante fuertes y afilados como para triturarlo entre sus mandíbulas. Y según afirma la leyenda, encima era muy atractiva, o como recuerda mi jefe, con la mirada suspendida en el techo, *guapa hasta doler, oye, guapa hasta obligarte a pedir perdón por estar mirándola.*

18

Eso, dicen, estuvo a punto de estropearle la carrera profesional en sus principios. A cualquier otra, seguro, se la habría arruinado. Los gerentes treintañeros y cuarentones con los que trabajaba perdían fulminantemente el seso por ella. Se cuenta que en los primeros dos años, al menos media docena le pusieron su matrimonio hecho una bolita arrugada a los pies para que terminara de aplastarlo. Ella se lió con un par de aquellos pretendientes, los que resultaron más de su gusto, pero con un discernimiento impropio de su edad supo separar siempre el hecho privado de la esfera laboral. Nunca aceptó sus ofertas, jamás contempló compartir sus vidas, pasó por ellos y siguió camino, aunque ellos no pudieron olvidarla. Conozco a uno, el que todavía sigue aquí. Te mira y no parece que vea nada, como si en su mente hubiera una imagen siempre superpuesta.

Alguna esposa contrariada vino a exigir su despido, y aunque no lo consiguió, porque ya

para entonces la ejecutoria de la joven analista la acreditaba como la mejor profesional de la casa y su más rutilante promesa, ella tomó nota y en adelante se volvió una esfinge gélida ante cualquier acercamiento galante de un jefe o compañero. A la oficina solo venía a trabajar, las once, doce o dieciocho horas al día que según la situación del mercado hubiera de hacerlo, y cada mañana a las ocho, sin importar lo tarde que se hubiera marchado la víspera, estaba como un clavo ante la pantalla, impecable y concentrada en su labor. A nadie le sorprendió que lograra ser la gerente más joven de la historia de la firma, ni que a los treinta años le encomendaran sistemáticamente las operaciones más arduas y comprometidas que se presentaban, un reto que afrontaba sin pestañear y sin permitir que sus equipos regatearan esfuerzos.

Cuentan que en algún momento se echó un novio. A los veintiocho o veintinueve. Nunca se lo presentó a nadie. Por lo visto era el hijo de unos amigos de su familia, gente de buena posición, dueños de varios negocios. El tipo dirigía uno de esos negocios y estaba llamado a encabezar el emporio familiar. Según mi jefe, *ricos de verdad, no como estos capullos que se creen que ser rico es poder cambiar el Mercedes de renting todos los años, viajar en avión en business y te-*

ner una choza de cuatrocientos metros cuadrados. Sea como fuere, al parecer ella nunca hablaba de él, ni se mostraba impaciente por llegar a la boda.

20 El hecho que iba a alterarlo todo tuvo lugar una tarde de primavera, allá por el séptimo año de su estancia aquí. Esa tarde salió algo más temprano de lo que acostumbraba, alrededor de las ocho. Todavía no había anochecido. Lo que ocurrió a continuación, según la leyenda, lo sabemos porque se lo contó días después a su secretaria, que se atrevió a interesarse por la razón por la que se la veía tan abstraída. Confieso que este es uno de los puntos que más me hacen desconfiar de la veracidad de lo que estoy narrando. No me cuadra mucho que una persona como la que hasta aquí queda descrita, distante y reservada, le haga semejante confidencia a una subalterna. Pero es cierto que a veces la vida resulta extraña, y que lo que parece a priori más improbable es lo que termina sucediendo. Supongo que a los seres humanos nos estimula la idea de desacreditar las previsiones que sobre nosotros hacen los demás, aunque solo unos pocos se atrevan a asumir el coste de salirse del rumbo predecible.

Con todas las reservas, pues, diremos que esa tarde, como tantas otras, ella se dirigió a la esta-

ción de tren. De la oficina a su casa el trayecto era muy breve, una sola estación. El tren la llevaba de Nuevos Ministerios a Recoletos en apenas cinco minutos, y el trecho que tenía que hacer a pie no le suponía mucho más. Un taxi habría perdido ese tiempo solo en los semáforos, y ella una persona práctica. Me gusta imaginarla en su corto recorrido ferroviario. Apuesto a que nunca se sentaba, y a que atraía la atención de todos los que reparaban en ella. Una figura elegante, ausente, compartiendo aquel espacio físico subterráneo con los sufridos viajeros de los trenes de cercanías que por esa ruta atraviesan el corazón de la ciudad, pero con el espíritu flotando en regiones aéreas inaccesibles para ellos. Una habitante del centro rodeada de seres periféricos, y no solo en el sentido de la ubicación geográfica de sus respectivos domicilios.

Sabemos, si hemos de seguir creyendo en la leyenda, que ella tomó el tren esa tarde y que, por una vez, se encontró con algo que la descolocó. También me he preguntado por qué, cuál era su estado de ánimo previo. Tal vez estaba cansada: quizá sentía que le pesaban los años de estar haciendo lo mismo, o los días de esa semana. O puede que, como insinúa alguno de los glosadores de la leyenda, el individuo con el que salía hubiera empezado a aburrirla. El caso es que esa

tarde, en el vagón, ella se fijó en alguien. Un hombre seis o siete años mayor que ella, no demasiado bien vestido pero dotado de esa apostura que la naturaleza otorga a algunas personas al margen de su aliño indumentario. Tenía barba de algunos días y el pelo despeinado, pero su gesto denotaba una fiereza que no se correspondía con el talante de alguien propenso al descuido. Iba tenso, alerta. Por encima de todo lo demás, lo proclamaban sus ojos, unos ojos verdes a los que ella se asomó por azar y en cuyo abismo cayó por esa oscura necesidad que nos dice lo que somos más allá de lo que los demás ven y nosotros mismos llegamos a creer.

Esa tarde, ella hizo algo que no tenía previsto. Después de que sus miradas se cruzaran, durante un par de segundos interminables, dejó pasar su estación habitual y continuó hacia Atocha, donde el hombre, sin prisa, bajó del vagón. Ella lo siguió a cierta distancia, hasta el andén del que partía el tren con destino a Parla. Mientras esperaba ante las vías, a unos veinte metros de él, se dio cuenta de que nunca había estado allí, en Parla. Para ella, no era más que un suburbio pobre del sur, un lugar al que se iban a vivir los inmigrantes y la gente que no podía pagarse otra cosa. Un espacio ajeno, en el que desde pequeña le habían inculcado que no se debía aventurar.

No había nada que ver allí, y con un poco de mala suerte podía ser objeto, en varios sentidos, de la codicia de sus habitantes, que, desprovistos de los frenos morales y sociales pertinentes, muy bien podían dar en violentarla. Constató entonces que nunca había cuestionado ese patrón heredado; al revés, se había atenido a él hasta el punto de no sentir la menor curiosidad por aquel sitio. Pero de pronto el hombre de los ojos verdes le mostraba que había razones, así fueran irracionales, para dedicarle su interés.

23

Según continúa la leyenda, ella se las arregló para subir al mismo vagón y para sentarse a unos diez metros de donde él se plantó, tieso como un poste y con la mirada clavada en el vacío. Desde ahí lo estuvo observando, sin que sus ojos volvieran a encontrarse, durante cerca de quince minutos. No llegaron hasta Parla. Al parar en la estación de Las Margaritas, en Getafe, él saltó hacia delante como impulsado por un resorte y se dispuso a apearse. Pero antes de hacerlo, durante una décima de segundo que fue lo bastante larga e intensa como para dejar en ella una huella imborrable, la miró, atravesando como si no existiera la masa de gente que se interponía entre ambos. Después descendió al andén y se perdió de prisa entre la muchedumbre que se agolpaba hacia el pasadizo de salida.

Ella se quedó sin saber qué hacer, con una desazón en el alma como nunca había sentido. Las puertas se cerraron y continuó aturdida hasta la estación siguiente, Getafe Central, donde se bajó. Salió a la calle a buscar un poco de aire. Tampoco había estado nunca en aquella ciudad, frente a la que venían a prevenirla no menos sus prejuicios. Lo que vio desde la entrada de la estación le pareció inesperadamente agradable. Una avenida bastante nueva, una calle peatonal, una vieja fábrica de harinas restaurada, un teatro.

Luego tomó el tren de vuelta a Madrid y, según cuentan, ya nunca más volvió a ser la misma. Su atención a los asuntos de la firma disminuyó gravemente, así como su dedicación. Comenzó a irse con frecuencia a las ocho, ella que siempre había sido de alargarse en la faena hasta las nueve o las diez o incluso más allá de medianoche. Cuando se aproximaban las ocho, empezaba a mirar nerviosa el reloj y terminaba saliendo atropellada, dejando a jefes y subordinados con la palabra en la boca, interrumpiendo reuniones, cortando en seco conferencias telefónicas con el otro lado del Atlántico. Hay quien asegura que alguna vez la vio hacia esa hora por la calle, mientras corría como una loca camino de la estación, perdiendo los tacones y arrollando a los transeúntes sin pedir disculpas.

Quienes la querían bien, la advirtieron de lo que estaba arriesgando. Alguien que supo adónde iba, y a la búsqueda de qué, trató de hacerle ver la insensatez y la inconveniencia de su conducta. En vano. Hasta que, una calurosa tarde de julio, se fue para no regresar jamás. En este punto, la leyenda se vuelve singularmente poco digna de crédito. Algunos de sus extremos, dicen, constan en los periódicos, y si así es, porque he preferido no ir a la hemeroteca a comprobarlo, parece lógico que ellos los recogieran y cabría darlos por válidos. Pero otros aspectos pertenecen por fuerza al conocimiento exclusivo de los protagonistas, y no estando ellos para corroborarlos, solo podemos tenerlos por fantasías más o menos bienintencionadas, que rellenan con mejor o peor criterio los huecos de la historia. Mi deber es advertirlo, y a partir de aquí que el lector juzgue.

Esa tarde de julio, a las ocho, ella lo volvió a encontrar en el vagón del tren de cercanías. Lo reconoció como si lo hubiera visto un minuto antes, y él también la recordó a ella. Desde ese momento no apartó los ojos de él, ni él pudo fingir de manera convincente que no sabía que ella estaba allí, mirándolo. Como la otra vez, hicieron el trasbordo en Atocha, pero en esta ocasión ella ya no se cuidó de disimular. Al llegar el tren de

Parla, vio dónde se colocaba él y se sentó enfrente, muy cerca, a apenas cuatro o cinco pasos. Mientras lo contemplaba, sonreía como nunca le había sonreído a nadie. Él se topaba con la cara de ella de cuando en cuando, pero en sus ojos verdes, claros y profundos como ningunos que ella hubiera visto antes, se resistía a brotar emoción alguna.

26 Esta vez ella ya iba prevenida, y bajó tras él en la estación de Las Margaritas. No lo perdió de vista en el recorrido por el pasadizo bajo las vías, ni tampoco luego, cuando salieron al aparcamiento y él echó a andar hacia el frente, ni muy rápido ni muy lento. Pudo caminar tras él alrededor de quince minutos. Siguiéndole, llegó hasta una rotonda con un gigantesco lazo azul y un edificio en forma de barco que según el letrero que había a la puerta era una residencia universitaria. A continuación él se adentró en un barrio envejecido, con edificios de traza más bien humilde, y callejeó siempre con ella detrás pero sin volverse en ningún momento a mirarla. Al cabo de un rato, se metió en un bar de aspecto algo inquietante, en el que apenas había gente. Tal vez calculó que eso iba a arredrarla, pero se equivocó. Él se dirigió con resolución a la barra y pidió una cerveza al hombre que la atendía. Este pareció reconocerle, y no celebrar precisamente su

presencia. Entretanto ella ya había entrado y se había sentado un poco más allá. Mientras charlaba con el hombre del bar, él la miraba de reojo, dejando traslucir por primera vez algún nerviosismo. Ella se percató de que bajaba la voz para que no oyera lo que hablaba con el otro. Solo le oyó al del bar decir *no, no sé por dónde anda*, antes de excusarse para ir a atenderla. Ella pidió otra cerveza y antes de beber el primer sorbo brindó en dirección a él. Ese gesto obró, como pretendía, el efecto de hacerle acudir.

27

—¿Quién eres? ¿Qué quieres? —le espetó, airado, y al oír su voz y aspirar un jirón de su aliento cálido, ella se sintió desfallecer.

—Quién eres tú, eso es lo que me gustaría saber a mí —respondió.

—Nadie —se revolvió él—. Nadie para ti.

—Perdona, pero no puedo creerlo.

Él miró entonces al del bar, que no se perdía un detalle de la conversación. Con ademán brusco sacó un billete de cinco euros que tiró sobre la barra, la cogió del brazo y la sacó del local. Ella se dejó llevar como una niña pequeña por el adulto que sabe lo que hay que hacer, aprovechando para fijarse en su piel morena, la barba de dos o tres días que no le afeaba en absoluto, la luz de esos ojos verdes por los que aceptaba su perdición en la forma que él quisiera.

Él la arrastró hacia una calle discreta. Allí la apoyó contra una pared y se quedó mirándola recto a los ojos. Ella sintió que se desmayaba, pero que debía seguir consciente, justo ahora que estaba a punto de ocurrir lo que llevaba dos meses ansiando.

—No puedes ser policía —dijo él—. No piden mucho, pero no puedes ser tan idiota y que te dejen entrar. ¿Qué buscas?

28

—A ti. ¿Es que no te gusto?

Él meneó la cabeza.

—Cómo no vas a gustarme. Tendría que ser imbécil perdido. Y no lo soy, ni para que no me gustes, ni para creerme a las primeras de cambio que una tía como tú venga detrás de mí.

—¿Tanto te cuesta creértelo? Prueba a las segundas de cambio, entonces. ¿No hay ningún sitio al que puedas llevarme?

—Me cago en... Esto no puede estar pasando —protestó él.

—Claro que puede.

Él se le encaró con firmeza.

—Mira, yo no soy como tú. Ni siquiera soy bueno para ti. Es más, solo puedo traerte problemas. Piensa por un momento en eso. Piensa que puedo ser un hijo de perra. Qué, ¿aun así te intereso?

—Aun así.

Él asintió, con los labios apretados.

—Vale. Me gustas. Vale, nunca he tenido miedo de una mujer y no vas a sacarme nada, de eso puedes estar segura. Si tú tampoco tienes miedo, ven conmigo. Te mereces lo que te vas a encontrar.

—Lo estoy deseando.

La cogió de la mano y, dice la leyenda, la llevó a un pequeño piso de aquel barrio. Un lugar destartado y sucio, que olía a cerrado y en el que hacía semanas que no había estado nadie. Abrió las ventanas, porque así las encontraron al día siguiente. El cadáver de él estaba en el salón, tirado a los pies de un sofá. El de ella, tendido sobre la cama, con las ropas revueltas. Los dos murieron degollados por el mismo cuchillo. A ella le hicieron otros cortes, antes de la herida mortal. Él solo presentaba el tajo en la garganta, bien metido dentro de la carne, como si el que lo hubiera hecho le tuviera verdaderas ganas. En la cara de él había un gesto de resignada pesadumbre. En la de ella, una expresión de éxtasis incoherente con lo que cabía presumir que había vivido inmediatamente antes de morir. Los vecinos juraron que no habían oído nada y no habían visto a nadie.

Los periódicos se ocuparon durante dos o tres días del caso. Que uno de los muertos fuera un

recluso condenado por tráfico de drogas que disfrutaba de un permiso carcelario invitaba a no prestarle mucha atención, pero que ella fuera una ejecutiva de un conocido banco de inversiones suscitó en los periodistas un morbo fugaz y algunas perplejidades que se acabaron diluyendo en las noticias de los días sucesivos. La policía nunca detuvo a nadie por el homicidio. El inspector encargado del caso tuvo que soportar alguna reprimenda por esta ineficacia, tras las gestiones de la influyente familia de ella ante sus mandos, pero el tiempo acabó situando el crimen en sus justos términos: un ajuste de cuentas con cien autores posibles en el que la presencia de la pija no pasaba de ser una anécdota chocante para el profano, pero carente de trascendencia policial.

No quiero ir a la hemeroteca a mirar los periódicos. Tampoco los he buscado nunca en Internet. Me da miedo ver sus caras, que dicen que ilustraron la noticia en su día. No quiero ver la de ella, pero, sobre todo, no quiero ver esos ojos verdes. También yo viajo sola en tren, y siento, conforme pasan los días, que algo me falta.